

Este introito psicológico va encaminado á un hecho ; y es dar á saber á nuestros lectores, si nos los depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada « Capítulos que se le olvidaron á Cervantes, » no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas ; mas ántes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, ó convertidos en cuadros completos, gracias á un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro á despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle á la historia cortapisas y arrequives con sabor á antigüedad y caballería. Pocas aventuras ó lugares de nuestro libro recordarán otros de Cervantes ; ni podia ser de otro modo, supuesto que, como llevamos dicho, las por nosotros referidas son historias pasadas á nuestra vista ó de las cuales tenemos conocimiento. Componer un libro original en materia agotada por Cervantes, nadie dirá que no es un esfuerzo laudable de la imaginación ; pero como nos hemos puesto acordes en que la imaginación no tiene gran parte en la obrita, vendríamos á la necesidad de echar mano por el ingenio, si ya fuésemos tan menguados que achacásemos á él lo que talvez no llamará la atención de los doctos, y seguramente no correrá la gran suerte del libro de Cervantes. Don Eugenio Hartzembusch le dijo á un notable viajero sur-americano \* : He leído la obra que usted me presentó.

\* El señor José Maria Vergara y Vergara, neo-colombiano.

El artículo titulado « Poesía de los moros » es de todo mi gusto. En cuanto al « Capítulo que se le olvidó á Cervantes, » le diré á usted que, por bueno que sea, es imitación, y como tal, de ménos mérito que las excelentes partes originales que contiene *El Cosmopolita*. Don Eugenio, por la cuenta, olvidó el gran caso que la Academia Española y los humanistas han hecho en todo tiempo de lo que ha sonado aun remotamente á Cervantes : los dos capítulos disparatados que un desconocido dió á luz en Alemania, vinieron á Paris haciendo ruido, y merecieron el análisis y el juicio de literatos de cuenta. La continuación de Avellaneda fué semillero de contrapuntos y disquisiciones literarias tan ardorosas, que apenas si han caído las altas llamas que al principio se levantaron de esa hoguera. El Quijote de la Cantabria, por del todo necio é insignificante, no ha alcanzado más favor que el inmediato olvido. En cuanto á las imitaciones de Guillen de Castro, Calderon de la Barca, Melendez Valdes y otros autores ilustres, claro se está que el imitar á un gran ingenio no es cosa de tener en poco, una vez que éstos de más de marca arrimaron el hombro á tan dura labor. El toque está en el éxito, lo repelimos : si Guillen de Castro ó Melendez Valdes hubieran salido bien, sus obras hubieran sido de gran mérito ; así como un Partenon levantado por otro Fidias, en siendo igual al de este maestro, no alcanzara ménos admiración que el primitivo. Si para honra del género humano y gloria de nuestro tiempo naciese en la poética tierra de Urbino un artista que tomase, no el cuerpo solamente, sino tambien el alma de la Transfiguración, y compusiese una obra tan cumplida como la

que hoy es riqueza del Vaticano, sería ménos admirable que el prototipo de los pintores? Quien nos componga una Eneida, en nada inferior á la que ya tenemos, le damos por aprovechado. Boyardo y Berni se están paseando fraternalmente por los Campos Elíseos, y Cástor y Pólux no se hacen mala obra el uno al otro. El punto finca en haber ganado el derecho á la media inmortalidad; ventolera de la cual, gracias á Dios, nos hallamos muy apartados.

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre, y llaman enemigos del orden á los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó á un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio, pero allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros: sin libros, señores, sin libros! si teneis entrañas, derretios en lágrimas. Por rehuir el fastidio, ó quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignoranton medio loco y aquirotado; y fué que un día recogió los clérigos de esos contornos y las parroquias vecinas, y todos juntos se remontaron á la cresta oriental de los Andes, á horcajadas en sus mulas y machos, en busca de una Purísima que habia nacido entre las marañas de la sierra. A la Virgen, halláronla en un cepejon, con cara, ojos, boca tan patentes, que allí luégo dieron orden como se erigiese una capilla; y en tanto que llegaban los romeros con *la romería*, vistiéronse ellos de salvajes con musgos, líquens, hojas, y en horrendas figuras comparecieron en

la plaza del pueblo, todos ellos con máscaras extravagantes, gritando que la Virgen habia nacido en el monte. Un matasiete que á la sazón se hallaba en el pueblo con una brigada de soldados, tomando á burla las charreteras de lechuga de aquellos fantasmas, montó á caballo lanza en ristre, y sin averiguacion ninguna los arremete de tan buena gana, que los que no se encomiendan á los piés caen mal feridos. Nosotros moriamos de risa en nuestra ventana, sintiendo sí que no hubiesen venido á tierra cuatro monigotes más á los golpes de ese invencible caballero. La cosa no era para echada al olvido: y como hubiésemos anteriormente dado á la estampa un escritillo titulado « Capitulo que se le olvidó á Cervantes, » el cual fué acogido con aplauso en la América del Sud, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que harto tenia de Quijote; buscándonos el diablo, describimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana y del Ingenioso hidalgo, pasamos adelante, hasta cuando á la vuelta de seis meses los capítulos hechos y derechos eran sesenta; sí, señores, sesenta! De éstos, los cincuenta serán escoria: como se nos cuajen los diez, y rueden en el crisol en forma de granos y pepitas relucientes, felices nos estimaremos y ricos ademas con tan humildes preseas.

La fábula de Cervantes de nada tiene ménos que de original: libro es de caballería, y peste de su tiempo eran los tales. Asunto, estilo, lenguaje, escenas, todo es en el Quijote pura imitacion de Amadis de Gaula, don Belianis de Grecia, Palmerin de Inglaterra y más adefe-

cios que eran las delicias del señor don Carlos Quinto y sus fantásticos y aventureros conterráneos. El triunfo de Cervantes fué la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazon, quedó muerta, cual toro en la plaza de Valladolid á manos de don Diego Ramirez, ó en la de Sevilla á las de don Pedro Ponce de Leon, de una sola espadada. Exclusivamente el objeto fué propio de Cervantes: lo demas, bien asi la esencia como la forma, pura imitacion. Y con esa imitacion ha pasado á ser uno de los más célebres autores de cuantos son los que componen la república literaria. Ese objeto, no era ya para nosotros, puesto que nuestro maestro lo llenó trescientos años há; y por lo mismo, para ver de conciliar algun interes á nuestro invento, han sido necesarios muchos requisitos, con los cuales no sabemos si hemos cumplido. Llenar todos los números en cualquier materia, es perfeccion; y obra perfecta ni mujer fuerte ¿quién la hallará? Nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral, no un « Pantagruel » para la risa, ni *Le moyen de parvenir* para gula de los sentidos: Rabelais y Richet no aciertan, ni á sernos agradables, ménos á servirnos de númen. Verdad es que Molière y Lafontaine sabian esos autores de memoria; pero Lafontaine, ese viejo libidinoso que ha poetizado la sensualidad, vistiendo de Musa á la corrupcion, ¿puede ser él mismo ejemplo saludable? Cervantes es cristiano, delicado, honesto, y rie riendo da heridas mortales en los vicios y las preocupaciones de los hombres. El género es el más difícil: haber acometido la empresa, es laudable osadía, á buen seguro: llevarla á felice cima, no es para nosotros, pues

no pensamos que nuestro libro pueda pasar por las picas de Flandes. Si él llegare á caer por aventura en manos de algun culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningun modo para España; ni somos hombre de suposicion que nos juzguemos con autoridad de hacerle tal presente, á ella dueña del suyo, ese tan grande y soberbio que se anda coronado por el mundo. Con todo, si vosotros, oh españoles, oh hijos de nuestros padres, oh hermanos en religion, lengua y costumbres, si vosotros llegáredes á ver nuestra obra, á leella, examinalla y juzgalla, sed, no generosos con lo indebido, pero sí benévolos hasta donde lo comporten vuestra gran literatura y la gloria del príncipe de vuestros ingenios. E en el nueso pecho, que piadoso é amoroso es, meteredes un buen porqué de amor é gratitud, para hablar con el Bachiller Fernan Gómez de Cibdad Real.

Pero Cervantes, arguis, le dejó muerto y enterrado á Don Quijote, á fin de que nadie osase tocarle despues de él; ¿cómo sucede que nos le presentais vivo y efectivo, en carne y hueso, despues de tantos años como ha que es polvo y nada en las entrañas de la sepultura? Sois acaso Geneo ó Mambreo, mágicos, que imitan los milagros de los profetas? ó Abaris, ese brujo sublime que sobre una flecha encantada pasa montes, cruza mares? ó Apolonio que resucita muertos? No, señores: ni siquiera don Enrique de Villena ó Pedro Balayarde: á Don Quijote, no le hemos resucitado; no hemos hecho sino seguirle la pista á su conductor: olvido que le sucede, asunto

nuestro es. Por esta razon la obrita lleva por título « Capítulos que se le olvidaron á Cervantes ; » y limpios nos hallamos de ese grande, negro hecho que se llama exhumacion. Fáltanos tan sólo advertir que los personajes que en ellos hacen figura son todos reales y positivos, tomados de la naturaleza, bien así los en quienes concurren las virtudes, como esos bajos y feos que están brillando por el mal carácter ó los vicios. No somos nosotros de los que tienen creído que no conviene aludir á las personas : la ley alude muy bien al delincuente cuando le señala para la horca ; y el juez cae en una personalidad con sentenciarle, nombrándole una y mil veces. Los perversos, los infames han de pagar la pena de sus obras : díganlo sino emperadores, reyes, papas ; tiranos, obispos, curas ; malvados grandes y pequeños que Dante Alighieri ha hecho muy bien de poner en el profundo , aun viviendo muchos de los que él encuentra por allá en pleno goce de los suplicios eternos. Miguel Angel, por su parte, lo menos que hace es ponerles en sus pinturas orejas de burro á los pícaros sus malquerientes. Vayan éstos á quejarse á Su Santidad, y le oirán : Si Miguel Angel te pusiera en el purgatorio, de allí te sacara yo á fuerza de sufragios ; pero en el infierno, *caro mio, nulla est redemptio.*

Un gran autor moderno ha dicho : Por poco interes que yo tenga por mí mismo, nunca seré tan menguado que vaya á indisponerme con un hombre de talento, de esos que pudieran transmitir mi fama á la posteridad, consitando contra mí el odio de mis semejantes, ó ha-

ciendo reir de mi persona al mundo entero \*. Ese poco interes por sí mismos, lo tienen muchos : como adrede molestan, ofenden, persiguen en toda forma á los que pueden ponerlos en los quintos infiernos, ó retratarlos con orejas de burro, ó hacerlos apalear muy á su sabor con Don Quijote. Desahogos ruines, no son nuestros ; pero si hemos castigado maldades en los perversos, vicios en los corrompidos, bajezas en las canallas : difamacion, en vidia, ridiculez, páganlas allí al punto difamadores, envidiosos y ridiculos. Bonitos somos nosotros para dejarlos con el tanto á tanto pícaro, traidor, villano ó declaradamente infame como nos han salido al paso en las encrucijadas de la vida ! Por dicha, armados de armas defensivas impenetrables, comola verdad, que es cota de malla ; la serenidad, que sirve de loriga ; la ausencia de miedo, que es morrion grandioso ; con nuestra espada al hombro, hemos pasado por entre la muchedumbre enemiga, derribando á un lado y á otro malos caballeros, malandrines y follones. Virtud es el perdon : perdon para los enemigos : crímenes, desvergüenzas, ingratitudes, maldades, al verdugo. Ahórquelas en cuerpo fantástico ; mas sepa el delincuente que está ahorcado. Ya es mansedumbre que parte limites con la beatitud, no haber transmitido á la posteridad los nombres de los que con sus acciones han incurrido en esta pena. Atributo de Dios es el perdon ; Dios perdona ; pero envia el ángel exterminador al campo de sus enemigos, y ay de los malvados !

\* *Les Caractères*, LA BRUYÈRE.

CAPÍTULO XII

Ensayo ó estudio de la lengua castellana tituláramos esta obrita, si tuviéramos convencimiento de haber salido bien en lo de rehuir los vicios con los cuales la corrompe y destruye la galicana moderna, y de habernos aprovechado al propio tiempo de las luces que en el asunto han derramado clásicos escritores, como Capmany, Mayans, Clemencin, Baralt, Bello y otros maestros bien así españoles como sud-americanos. Mas cuando estamos señalando los defectos del vecino y fiscalizando su manera de escribir, no sabemos si nosotros mismos vamos cayendo en otros peores; y así, por no volvernos culpables de fatuidad sobre la nota de ignorantes, hemos preferido la culpa del atrevimiento, bautizándola con el nombre de Capítulos que se le olvidaron á Cervantes. Siempre que hemos contemplado en la triste situacion á que ha venido nuestro hermoso idioma, por obra de malos traductores y ruines viajeros, nos ha ocurrido preguntarnos á nosotros mismos: Cómo sucede que cuando la española daba la ley en Europa, puesta sobre todas las lenguas cultas; cuando ella ocupó el lugar de la latina en la diplomacia; cuando ingenios como Pedro Corneille, Molière, Voiture le tomaban sus asuntos junto con su estilo; cuando ella era la lengua de la educacion pulida en la sala resplandeciente: cuando los políticos discutian los grandes intereses de las naciones, los oradores sagrados hablaban

con Dios y los hombres, los galanes melifluos les contaban sus cuitas á las hermosas, todo en habla castellana; cómo sucede, repetimos, que con tal uso y predominio, la francesa no llegó á corromperse, ni quedó desfigurada y echada á perder, como se halla la nuestra en boca y manos de la inmensa mayoría de hablantes y escribientes de uno y otro mundo? Los traductores franceses eran hombres de saber y entender, que así poseian la una como la otra lengua: al paso que los españoles del dia no saben ni una ni otra, salvo el puñado de personas de ciencia y juicio, que no le puede faltar á nacion de tan grandes proporciones. En los unos era móvil de sus obras el amor á las letras humanas; los otros van á caza de dinero: éstos miraban con religiosa veneracion á su idioma, éstos lo tienen por artículo de mercancía, el cual, para que sea de moda, ha de estar á la francesa.

Maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo; y para artífices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningun pueblo como ella. Pero en dónde, en dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones? las Teresas de Jesus; qué se hicieron? los Nierembergues; dónde fueron? Avila, Malon de Chaide, Yépes, frailes insignes que ilustraron el convento y dieron nombre á su siglo con sus obras, qué dirian, si sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantaran y oyeran la infame algarabía en que tratan expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas! Grandes autores

castellanos, ya no abundan; grandes traductores, ya no nacen: y esto debe causar la costelacion del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, ya no puede llevar el fruto que debia. Parece que Garcé Ordóñez de Montalvo dictaba estas palabras en el siglo décimoquinto, para que en el décimono no las aplicáramos á nuestro idioma, hiriendo con ellas á los adúlteros que van en busca de mujer ajena, y los incestuosos cuya descendencia no puede ménos que adolecer de mil imperfecciones y defectos. Las ondas majestuosas que en la « Guerra de Granada » corren por sobre los tiempos y los acontecimientos pasados, comunicando profundo respeto á los lectores; los armoniosos raudales en que Fuenmayor hace pasar la vida de Pio Quinto, repitiendo la gravedad y numerosidad de los Anales de Tácito; el gracejo culto y fino, el lenguaje inimitable de « Lazarillo de Tórmes; » la frase ajustada y elegante de « El pícaro Guzman de Alfarache; » la propiedad, gracia y maestría de « Calixto y Melibea; » la sal ática de « Rinconete y Cortadillo » en ese hablar de todo en todo castizo; nada de esto, nada, tiene hoy imitadores: ni Juan Valdes sirve de maestro, ni Covarrubias ha compuesto para nosotros su gran lexico ó *Tesoro de la lengua castellana*.

Nosotros, españoles y americanos, traducimos á los gazapos que amuchigan en esa madriguera inmensa que se llama Paris. Nuestros padres leian y volvian á su lengua las grandes obras de los clásicos griegos y latinos, esas en que se halla contenida la sabiduría de la antigüedad: pero los tiempos pasaron en que Sueyros, Baluenas y Colomas traducian á Salustio, Ciceron

y Tácito, y hoy vemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas, verdaderos cachivaches de la literatura, ó libracos llenos de milagros y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofia. Si los amantes de las letras universales tomaran á pechos el verter á su idioma las obras útiles ó magistrales de los autores modernos, aun no tan malo; mas por una traduccion de la *Decadencia y caída del Imperio Romano*, tenemos cien romancitos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos á sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena ó mala pierna, y le hacen al héroe el nudo de la corbata. Mor de Fuentes y Vergues de las Casas son dos; dos aprovechados y buenos traductores: la turbamulta de galiparlistas encendidos de amor por los titeres del Sena, se compone de millares. Traducid, españoles, pero traducid á Fenelon, Bossuet, Lacordaire: traducid á Corneille, Molière, Racine: traducid á Boileau, el Horacio moderno: traducid á Chateaubriand, Lamartine, Hugo el poeta: traducid á Thierry, á Michelet: traducid á Villemain, á Sainte-Beuve. Traducid á Montalembert, Dupanloup, si sois papistas: á De Maistre, á Veuillot, si adorais al verdugo en el patíbulo. Si sois librepensadores, traducid á Laplace, Littré: si amables utopistas, á Flammarion, Delaage: si herejes declarados, á Renan, Peyrat. Para la tierra, Buffon, Cuvier, Gay-Lussac; para el cielo, Arago, Laplace otra vez, Lottellier. Si os embelesan los misterios del magnetismo, traducid á Mesmer y Puysegur. Si en todo y para todo quereis autores franceses, ahí están en ilustre muchedumbre historiadores, oradores, científicos, filósofos, y

hasta novelistas, grandes novelistas, como el autor de René, el de Obermann, el de Corina.

Traducidnos la Enciclopedia, por Dios, traducidnosla, vosotros que sois, oh españoles, tan amigos y partidarios de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Grimm y más puntos luminosos de la gran constelacion del siglo décimooctavo, cuya estrella polar, el hélice del infierno, es Francisco Maria Arouet, convertido en Voltaire por obra y gracia del demonio. Pero esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducidito de los autorcitos más chiquitos del Parisito del dia ó de la noche, oh, estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana. Este flujo por traducir todo lo insignificante, todo lo inútil, todo lo bajo; esta pasion por los romances de menor cuantía, donde no falta una condesa que viva amancebada con su criado, ni Adriana de Cardoville que no cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalma; estos romances cuyo protagonista ha de hacer mil trampas y picardías; estas obras magnas de comer y beber con mujeres de ruin fama; esto de no acostarse hasta las dos de la mañana, ni levantarse hasta las doce; todo esto es escoria, amigos míos: de ella no sacaremos jamas un grano de oro, por mucho que seamos avisados en la alquimia de la sociedad humana. Vivir como perdidos, matarse como impios, ¡ qué historia, qué páginas! El héroe de la novela francesa duerme de dia, come y bebe de noche, hace pegas abominables á los maridos, tiene duelos ó retos á la espada,

pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos. Esta monserga atroz, este embolismo de pasiones arrastradas, vicios y caídas, puesto en rengloncitos que parecen escalera, sin unidad, sin número, sin gracia; esta literatura de lupanar os seduce tanto, los cristianos, los austeros, los juiciosos españoles? Confianza, pues, en Dios, los hijos míos, decia Antonio Pérez; que el señor os tiene á su cargo: confianza, pues, en el demonio, los hijos míos, dice España, que Pateta os tiene cogidos de las agallas, y no os dejará ni el dia de las cuentas y perdones. Traducid lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral; traducidlo, y traducidlo bien, á fin de que nosotros, hermanos menores vuestros, no recibamos malas lecciones, malos ejemplos, y vengamos á ser tan ignorantes y corrompidos como... los autores que nos mandais en mezquina, despreciable galiparla.

Se quejan los españoles de que los sud-americanos estamos corrompiendo y desfigurando la lengua castellana, y no están en lo justo: si esto sucede, mal pecado, obra de ellos es: ellos traducen el Telémaco de este modo, y nos envian sus traducciones por nuestro dinero. « Y los gallos cantaban, y las gallinas cacareaban, y los caballos relinchaban, y los burros rebuznaban, y los perros ladraban, y los puercos puerqueaban, y los cuchillos cortaban... » Qué más cuchillo que esta porreña descripción, exclama don Antonio Capmany examinando la hábil obra de un compatriota suyo; cuchillo de palo, y bien á la vista? A esta clase de traducciones, acostumbrados están los españoles modernos, entre los cuales

no hay ni un Coloma para los Anales, ni un doctor Laguna para Dioscórides, ni un Jáuregui para el Tasso. Moratin, desde luego, no podia ménos que ser buen traductor: un buen autor traducirá bien, mal que le pese. Gorostiza no pone la pica en Flandes, pero pasa; y en poco está que don Eugenio de Ochoa no sea intérprete cumplido. Larra hizo una buena traducción de Lamennais: las *Palabras de un creyente* hallaron eco grave y sereno en Figaro, quien lo creyera; y el autor de *El castellano viejo* pudo hablar como profeta antiguo. A los españoles, como á nosotros que somos carne de su carne, hueso de sus huesos, nos sobran aptitudes; lo que nos falta es educacion: ya lo dijo Paulo Mérula muchos siglos há; y entónces, como ahora, le estamos sacando verdadero.

Aunque es verdad tambien que torrentes de ineptitud se descuelgan de traducciones castellanas como las que han deshonrado su idioma ciertos peninsulares eminentes en las letras humanas. El Genio del Cristianismo, obra á la cual no debiera uno llegar sino despues de santas abluciones en la fuente Castalia, ha sido escarnecido y ha quedado mal trecho, en términos que si ese Padre de la Iglesia coronado por las Musas que se llama Chateaubriand, saliese de la tumba, lloraria por los vivientes, como Raquel, y se volveria á la eternidad en busca del olvido.

« Ella sólo (la Iglesia) sabia hablar y deliberar; ella sola *mantuviera* una cierta dignidad, y se *hiciera* respetable, cuando ninguna otra cosa lo *fuera*. Se la *viera*

sucesivamente oponerse á los excesos del pueblo y despreciar la cólera de los reyes. La superioridad de sus luces, *debían* inspirarle generosas ideas en política, que ni *conocieran* ni *tuvieran* los otros órdenes. Colocada en medio de *ellos*, *debían* darle mucho que temer los grandes, y nada los comunes...; por eso en tiempos de turbacion, se la *viera* adherirse con preferencia al voto de los últimos. El más venerable objeto que ofrecían nuestros estados generales, *fuera* aquel banco de ancianos obispos, etc., etc. »

He aquí los tiempos del verbo reducidos á uno solo, y declarada inútil y abolida la conjugacion. Suelen los autores servirse del indefinido condicional en lugar del pretérito pluscuamperfecto, por rehuir la importuna consonancia que resulta de muchas oraciones que concurren en el propio caso; mas nadie, nadie, ningun escritor que merezca este título, ha usado jamas del indefinido por el imperfecto, y ménos por el perfecto ó pasado absoluto. Ese buen español no conoce ni tiempo ni modo, si no son los suyos. Dios le dé oído á ese monstruo, que no debe de tenerlo, para que no le zozobre ni desespere esa carretilla infernal de *eras*, donde no hay parvas de trigo, sino chícharos y zizaña. Supo su lengua ni la francesa el que tradujo de este modo una de las obras más floridas y amenas de nuestro tiempo? Y la Academia Española no lo privó del agua y el fuego á tan insigne malhechor?

« Destruid el culto católico, y en cada ciudad habreis *de menester* un tribunal con prisiones y verdugos. » Esto dice Chateaubriand, ortodojo sistemático. El conde José